



Figura 1. Santa Cena

Experiencia inmaterial extraordinaria en recintos materiales ordinarios

El espacio ritual del pentecostalismo chileno

Rodrigo Vidal*
rodrigo.vidal@usach.cl

A pesar de su gran diversidad, los templos pentecostales comparten algunas cualidades de configuración invariantes, que son esenciales, y sobre las cuales fundamos esta reflexión. En sus orígenes, los templos pentecostales fueron recintos y edificios no solo comunes y corrientes, sino además muy humildes, muy sencillos, muy simples: casas de hermanos, antiguas bodegas, carpas, piezas contiguas a edificios con otros usos, entre muchos otros. Hoy, han devenido edificios de gran envergadura y mayor complejidad. Pero desde esos primeros precarios e improvisados recintos, que albergaron a estos pioneros fieles apartados de sus iglesias madres, hasta los grandes edificios actuales, los templos gozan del prestigio de ser el lugar ordinario material donde el poder extraordinario espiritual de Dios se hace presente.



Figura 2. La mansión pentecostal de Concepción, en 1913
Fuente: Rasmussen & Helland (1987). La Iglesia Metodista pentecostal: Ayer y hoy. P. 138

Un templo corporal y uno material

Como lugar privilegiado de comunión con Dios y con el prójimo, el templo tiene, en la tradición evangélica, una expresión humana y otra material. La primera es el cuerpo humano, donde en cualquier lugar y momento, el pentecostal puede tener comunión con Dios y también consigo mismo. La segunda es el templo material, como lugar consagrado para adorar a Dios, para recibir su presencia sobrenatural y permitir la interacción conjunta de todos los miembros del cuerpo de Cristo, que es la Iglesia. Que el Espíritu Santo se manifieste en los apóstoles de Jesús, reunidos en el Aposento Alto¹, es el referente esencial para el pentecostal. El aposento alto descrito por Lucas era, desde un punto de vista humano, un recinto cualquiera, de un edificio cualquiera, lo suficientemente anónimo o poco visible - como para no generar sospechas ante los perseguidores - que albergó, en un cierto anonimato, a los apóstoles y a algunos otros creyentes, en un mismo recinto físico que permitió estar todos, *unánimes, juntos, en un lugar discreto*. Estas cuatro particularidades del recinto original, siguen estando presentes hasta el día de hoy en el imaginario teológico y arquitectónico pentecostal: Un recinto cualquiera, ordinario,

común, se transforma en un lugar extraordinario por la presencia de Dios (Figura 1).

Desde allí, el pentecostal, al referirse al templo, evoca insistentemente la experiencia de Jacob quien se duerme en el desierto y tiene una visión donde ángeles del cielo descendían hasta donde él se encontraba, y junto a los ángeles, la voz de Dios que lo consolaba y fortalecía. Cuando despertó estaba asustado y conmovido y tomó unas piedras del lugar con las que erigió un altar. Luego, se arrodilló y pronunció su conocida frase: "¡Cuán terrible es este lugar! No es otra cosa que casa de Dios, y puerta del cielo"². Aún más ordinario y común que el recinto del aposento alto, este montón de piedras en un lugar desértico perdido en alguna parte del medio oriente, se transforma en un lugar extraordinario por la sola presencia espiritual de Dios.

Ausencia de iconografía visual

Desde esta concepción, *el voluntario déficit de visualidad en el templo se sustituye por un superávit de imaginación en el culto*. El cuerpo celebrante (la congregación) y el discurso bíblico adquieren la función de generadores de imagen, en la ausencia de una iconografía material.

Despojar a los templos de toda iconografía religiosa fue una de las decisiones más radicales tomadas por los seguidores de Lutero, una vez que éste fue definitivamente expulsado de la Iglesia Católica. Este despojo de imágenes religiosas, que tuvo algunos episodios muy violentos, era un signo evidente de la separación de Roma. Desde allí, la nueva iglesia reformada asumió la iconoclasia y eliminó toda la iconografía religiosa, provocando una separación entre arquitectura y artes visuales; además, el protestantismo europeo impuso el concepto de *domus ecclesiae* o casa templo, el lugar de la comunidad, por sobre la tendencia del *domus Dei* o lugar de la divinidad, propiamente católico.

Como consecuencia de lo anterior, el templo pentecostal parece haber renunciado también a la necesidad de belleza espacial o formal, según los cánones tradicionalmente aceptados. Esta última ha sido reemplazada por una sobredosis de imaginación de lo que parece ser bello, independientemente de que lo sea. Mientras los templos egipcios, hinduistas, budistas y católicos poseen una iconografía religiosa abundante y artísticamente muy rica, y las sinagogas judías y las mezquitas musulmanas poseen una decoración simbólica de

1 La Santa Biblia. Los Hechos de los Apóstoles, cap. 2, vers. 1.

2 Ídem. Génesis, cap. 28, vers. 17.



Figura 3. Templo de Retamo 721, en Valparaíso
Fuente: Descargado de: http://www.fotolog.com/templos_iep/34199792, el 6 de abril de 2011

alto significado y riqueza artística, la teología y el discurso pentecostal ha insistido en que la presencia de Dios solo se revela por fe a través del Espíritu Santo. De allí la insignificancia de las imágenes para la vida de la comunidad, lo que incluye, en muchas iglesias pentecostales, la ausencia de la cruz (Figura 2).

El templo, un recurso diverso de comunión con Dios

El pentecostal entiende que Dios tiene el poder de manifestarse en el hombre y en la comunidad, en cualquier momento, en cualquier lugar y de cualquier modo. Esto ha dado lugar a dos creencias pentecostales que están fuertemente arraigadas en la memoria colectiva y que, a nuestro juicio, explican bien la concepción pentecostal del templo. La primera, es la que llamaremos *doctrina de la consagración de los recursos cotidianos*. La segunda, la llamaremos *doctrina de la multi territorialidad del culto*. La primera se refiere a que todo lo que pertenece a una familia o a una comunidad puede ser instrumento de la fe, en la medida en que sean debidamente consagrados por un pastor y utilizados para el servicio de Dios. De ese modo, la casa, el automóvil, los estudios, el trabajo, un aumento de sueldo, la piscina, pueden recibir la unción pastoral,

transformándose en instrumentos de bendición para el creyente. En esta misma línea de pensamiento, un edificio nuevo o reciclado, la habitación de una casa, una oficina o un lugar reservado al aire libre, pueden ser consagrados para el culto a Dios. Es esa consagración, además de la presencia en comunión de los creyentes, lo que otorga santidad al lugar.

La segunda doctrina, se refiere a que todo lugar y todo momento son propicios para el culto personal entre el creyente y Dios. En este caso, por tratarse de una relación individual con Dios, por parte de un creyente cuyo cuerpo es un templo, la consagración del lugar físico es secundaria, bastando la consagración cotidiana de su propio cuerpo para entrar en esta relación. Los pastores y predicadores lo reiteran, insistiendo en que en cada momento de prueba, de dificultad, de duda, de tentación, pero también de triunfo, de alegría, de bendición, el creyente debe orar a Dios, clamar a Él, conversar con Él, no importando donde se encuentre.

La combinación de estas dos creencias explica bien por qué la configuración espacial y formal del templo es secundaria en el pensamiento del pastor y de la comunidad pentecostal.

Caracter del espacio contenido en el templo

Así, el espacio interior posee un carácter abstracto y cotidiano sobre el que se funda la percepción de un *espacio ritualizado y sagrado*³, que se despoja del templo material y eleva a los congregados a una relación inmaterial en un espacio trascendente de encuentro con Dios.

Estos recintos materiales ordinarios, fundadores de imaginarios espaciales extraordinarios son, usualmente, angostos frentes de sitios entre medianeros, que obligan a los constructores de templos a organizar un espacio procesional largo, entre acceso y púlpito (Figura 3), donde el acceso es realizado por un frontis principal sublimado que intenta hacer presencia en la ciudad, espacio de intermediación, de paso o pasaje, entre lo profano exterior y lo sagrado interior.

El púlpito, constituido de la plataforma principal, los elementos que la componen (sillones, mesas, sillas, etc.), el lugar de la predicación (el *mueble-púlpito o ambón*) y la balaustrada que lo circunda – todo coronado con algún mural, pintura o texto bíblico – es el elemento dominante de todo templo pentecostal, con una excelente visibilidad

³ Esta idea fue verbalizada de esta manera gracias al aporte del profesor Aldo Hidalgo, en el marco de mi proyecto de investigación "1909-2009: ¿Hacia una Arquitectura Pentecostal en Chile?", financiado por la Dirección de Investigación Científica (DICYT), de la Universidad de Santiago de Chile.



Figura 4. Templo de Manuel Rodríguez 1155, en Curicó.
Fuente: © Rodrigo Vidal Rojas.



Figura 5. Templo de Sargento Aldea 982, en Santiago.
Fuente: © Rodrigo Vidal Rojas.



Figura 6. Templo de Hermanos Carrera 2685, en Maipú.
Fuente: © Rodrigo Vidal Rojas.



desde todos los puntos del auditorio, acaparando la atención de los congregados.

El altar, entendido aquí como aquel espacio emplazado entre la balaustrada del púlpito y la primera fila de los celebrantes es, probablemente, el espacio más importante del lugar de culto pentecostal. De generosas dimensiones, ha sido pensado a la escala de la sacralidad del púlpito, facilitando la participación en la oración y en otros múltiples actos, de una gran cantidad de fieles, para la máxima manifestación de la pentecostalidad.

Junto con la proporción longitudinal, o a raíz de ella, la nave se caracteriza además por una gran simpleza de su envolvente y de su espacio habitable: habitualmente de cielo horizontal, paredes rectilíneas y piso horizontal sin desniveles ni pendiente, ordenado a partir de un pasillo central de circulación. En forma de paralelepípedo alargado, posee una envolvente de escaso espesor, que alberga un espacio interior definido por un solo ambiente (salvo en los casos en que existe balcón o galería donde se configuran además los espacios sobre y bajo galería).

Los templos tienden a concebirse buscando la mayor amplitud interior posible, independientemente del tamaño físico del edificio. En muchos casos la apariencia exterior más bien pequeña y discreta del templo no revela el tamaño o amplitud interior, poniendo en evidencia la necesidad de lograr la máxima eficiencia de ocupación del suelo, con la mayor cabida posible de personas en reducidas superficies. Interiormente, se percibe como un espacio más amplio, fluido, desahogado y verticalizado, que lo que su apariencia externa sugiere. Este interior es sobrio, muy limpio, muy pulcro. Aparejado con esto, se busca generar interiores desprovistos de obstáculos visuales en relación al púlpito, evitando

incluso la presencia de pilares o columnas interiores, cuando el sistema constructivo lo permite (Figura 4).

La iluminación natural es un recurso de configuración espacial muy poco utilizado. Se permite el acceso de luz natural más para aclarar el interior del templo que para configurar el espacio arquitectónico. Progresivamente, en los templos de las últimas décadas, el espacio deviene más iluminado, transparente, amplio, flexible, participativo y se incorporan materiales y técnicas contemporáneas de diseño (Figura 5). De ese modo, el pentecostal tiende a superar la austeridad, la rigidez, la jerarquía y los materiales tradicionales de los templos precedentes.

Conclusiones

En la fe pentecostal, es en la congregación de los creyentes que Cristo se hace presente por medio de la manifestación del Espíritu Santo quien, a su vez, permite la experiencia sobrenatural de la unión del individuo con Dios en el templo, como lugar consagrado elegido para esta comunión. Es este *evento trascendente, además de la consagración del edificio, el que le otorga a un lugar ordinario un carácter extraordinario*: el carácter de templo, del latín *templum* y que designa un edificio sagrado, en cuyo interior el pentecostal logra interactuar con Dios, con su prójimo y consigo mismo.

De ese modo, la práctica cultural de la comunidad y sus pastores revela que lo esencial no estaría en la calidad del espacio arquitectónico que debe acoger al culto, sino en la existencia efectiva de ese lugar. Y es, tal vez, a causa de eso, que todavía el espacio arquitectónico no se adapta definitivamente al acto pentecostal, impidiendo la creatividad e inhibiendo la innovación.

Pero, a pesar de un cierto divorcio entre la liturgia pentecostal y el templo que la acoge, los elementos que fundan las ca-

racterísticas de la arquitectura pentecostal, existen. Quizás por ello, cada transformación se presenta como una búsqueda por mejorar el templo anterior, sobre la base de la experiencia comunitaria del habitar el edificio: mejora no solo en su capacidad de albergar una mayor cantidad de fieles o incorporar nuevos recintos sino, además, se observan esfuerzos por un mejoramiento cualitativo: incorporación de luz natural, mayor calidez del espacio, jerarquía y significación del púlpito, calidad y tipo de materiales, entre otros.

Es así que, lo extraordinario de la atmósfera espacial litúrgica, no tiene necesariamente su correlato en lo ordinario o cotidiano del recinto material donde esa atmósfera tiene lugar. Lo extraordinario se sustenta en la capacidad que el culto y la Palabra tengan de otorgar sentido a dicho recinto consagrado.

Referencias bibliográficas

- Anderson, A. (2007). *El pentecostalismo: El cristianismo carismático mundial*. Madrid: Akal. Título original: *An introduction to pentecostalism: Global Charismatic Christianity*. Cambridge: The Press Syndicate of the University of Cambridge, 2004.
- Campos, B. (1997). *De la reforma protestante a la pentecostalidad de la Iglesia, debate sobre el pentecostalismo en América Latina*. Quito: Ediciones CLAI.
- Fisher, J. (1984). *Historia de la Reforma*. Barcelona: CLIE.
- Gennep, A. van (2008). *Los ritos de paso*. Madrid: Alianza Editorial (Título original, *Les rites de passage*, 1909).
- Hollenweger, W. (1976). *El pentecostalismo: Historia y doctrinas*. Buenos Aires: Editorial La Aurora.
- Hoover, W. & Gómez Hoover, M. (2002). *El Movimiento pentecostal en Chile del Siglo XX*. Santiago: Imprenta Eben-Ezer.
- Vidal Rojas, R. (2011). *Arquitectura pentecostal: Entre lo sagrado y lo profano*. Revista Religiao e Sociedade. N° 31(1), 126-154.
- Vidal Rojas, R. (2012). *Entender el templo pentecostal. Elementos, fundamentos, significados*. Concepción: CEEP.

Fuente de las imágenes

- Figuras 1, 4, 5 y 6. Fotos propiedad del autor.
- Figura 2. Fuente: Rasmussen & Helland (1987). *La Iglesia Metodista pentecostal: Ayer y hoy*. P. 138
- Figura 3. http://www.fotolog.com/templos_iej/34199792.

*Rodrigo Vidal es Arquitecto, Doctor y profesor de la EAU-SACH.